

horas que no están en el agua; o que en épocas muy frías es costumbre de los isleños acostarse muy temprano y levantarse poco después de la medianoche a pescar; o que los niños dibujan en la arena, como en un cuaderno, tiburones, sierras, anguilas, roncós, chinos, jureles. O que en la isla de Palma el mar es extrañamente azul y está habitada sólo por un nativo, el negro Salomón.

nes del escritor y no de algún personaje literario caracterizado a través de la ficción. Al referirse, por ejemplo, a la diferencia que hay entre que sea el papá quien ayude al hijo a hacer las tareas o sea la mamá dice:

En realidad, ellas [las mamás] gozan haciendo tareas; seguramente no les atribuyen gran importancia, pues en el fondo de su corazón

descubre emocionado que sabe tanto o tan poco como su mamá. [pág. 14]

Más adelante, en la crónica *Uno se debe morir por la mañana*, aparece esta otra perla que hará las delicias de las feministas más radicales:

Fiel admirador de las cosas inútiles y bellas, las mujeres despiertan en él esa adoración. [pág. 32]

Por lo demás, *El señor de la tienda* y otras crónicas se lee con facilidad, como dejándose llevar por una agradable conversación, y queda en el lector el deseo de volver la mirada sobre lo pequeño de las cosas cotidianas.

Iván Hernández tiene publicadas dos novelas: *Las hermanas* y *De memoria*. Actualmente es profesor de literatura de la universidad de Antioquia y ha sido editor de la colección Cara y Cruz de editorial Norma.

BEATRIZ HELENA
ROBLEDO



El tren es una verdadera apología de este medio de transporte. Con ingenio, Hernández nos demuestra cómo algunos hechos cobran importancia si suceden en un tren, como, por ejemplo, una aventura amorosa, una fuga, un asalto o un crimen.

Aunque todos estos relatos están escritos con precisión, sutileza y un pulcro manejo del lenguaje y crean en el lector cierta atmósfera de intimidad que logra generar los propios recuerdos a partir de los del autor, no dejan de molestar algunas alusiones de corte machista, que desagradan, aún más, cuando caemos en cuenta que responden a afirmacio-

sospechan que no vale la pena matarse tratando de aprender cosas que ya están en las calculadoras o en las enciclopedias. [Hasta aquí podría pasar por una alusión inocente al sentido práctico de las mujeres, pero sigue] Además, como casi todas no hicieron nada distinto a divertirse en sus años escolares, aprender ahora los nombres de las capitales de los países, qué son los números primos, qué animales son mamíferos y cuáles reptiles, resulta tan interesante como hacer un crucigrama; y esa despreocupación produce de inmediato sus efectos en el niño, que

El elemento erótico

Mujeres de Babel
—la experiencia leída—:
Voluptuosidad y frenesí verbal
en James Joyce

R. H. Moreno-Durán
Taurus y Universidad Nacional
Autónoma de México, Bogotá, 2004,
130 págs.

Desde el gracioso *qui pro quo* del índice, "Para llegar a Moll y Bloom", hay misteriosas mujeres impregnando estas páginas. Esta misteriosa Moll puede ser una de las tantas mujeres ignotas que comparecen en la babélica creación de James Joyce, cuyo recuento lúdico a la vez que lo amable quiere hacer Rafael H. Moreno-Durán en este libro.

Desde el primer instante, en un prólogo firmado en el Valle de los Alcázares, en MMIII, se apresura a contarnos que Joyce significa 'ale-

gría'. Alegría constante a través de sus páginas, de ese al que llama "mundo por muchas razones gratificante" del *Ulises*, y que es cosa para mí harto misteriosa. Mientras Germán Espinosa dice regodearse en el humor de Joyce, para mí su lectura es tan triste como su Dublín natal. ¿Alegre Joyce? Al fin y al cabo cada quien ve lo que su encantamiento le permite.

acaba el *Retrato del artista adolescente* y un texto poco conocido, *Giacomo Joyce*, que para Moreno-Durán es fundamental. En 1920, Joyce se instalará en París, a instancias de Ezra Pound, donde la norteamericana Sylvia Beach (otro nombre que parece inventado por Moreno-Durán) tendrá los riñones suficientes para publicar el *Ulysses*, después de haber sido rechazado el manuscrito por Vir-

a publicarlo. Entonces ocurrió algo extraordinario: "el mismo día en que se terminó de editar el volumen un misterioso personaje compró la edición íntegra y ante el sorprendido editor la quemó. Salvó sólo un ejemplar, que le envió a Joyce, y luego desapareció".

Moreno-Durán ha leído y estudiado las principales fuentes joyceanas y —esto es lo más importante—, ha añadido no pocos datos, argumentos y constataciones de su propia cosecha. Entre los libros en que se basa para edificar el análisis, el primer lugar lo tiene *El guardián de mi hermano*, de Stanislaus Joyce, con su énfasis en lo que significa el ser irlandés y su para mí muy sospechoso y un poco ingenuo tono exegético sobre la obra de su hermano, que se empeña en demostrar que tal o tal suceso es sólo una transcripción de algún hecho real que sólo él conoce. "Ningún escritor en Inglaterra, desde Sterne, dice Stanislaus, utilizó hasta su más insignificante experiencia tan a conciencia como mi hermano, con el fin de crear un personaje o de complementar la pintura de un ambiente".

Luego tenemos, por supuesto, los deliciosos libros de Richard Ellmann, sin duda el mayor de sus biógrafos, así como los ensayos de Cyril Connolly (curiosamente no menciona el de Alfred Döblin) y de E. M. Forster, pero no cita a Stuart Gilbert, sin cuya exégesis, según los primeros lectores del *Ulysses*, es poco menos que imposible entender el original.

Pero lo más interesante es que Moreno-Durán descubre referencias que los biógrafos suelen obviar. En especial, en este libro, algo tan obvio y pasado por alto como que el jueves 16 de junio de 1904, fecha a la que Joyce "dotó de una simbología extrema" y "con una aureola casi fetichista", pues se trata de las veinticuatro horas durante las cuales transcurre la acción del *Ulises*, fuera el día de su encuentro con la que sería su amante y luego esposa, Nora Barnacle.

Quizá los juicios más famosos acerca del *Ulysses* sean los de Borges. El



Basado en el amor de Joyce por la simetría, Moreno-Durán emprende un análisis y lectura a partir de un triple punto de vista: el periodo de juventud que se cierra con *El retrato del artista adolescente*; la madurez y el triunfo universal de *Ulises* y, finalmente, los años de ceguera, exilio y tribulaciones familiares del *Finnegan's Wake*.

Señala Moreno-Durán que 1914 es el año fundamental en la vida de Joyce. Es el de la publicación de *Dublineses*, pero también en el que

ginia Woolf (Wolf en el texto) en Hogarth Press...

A propósito de *Dublineses*, el autor nos trae a cuento la curiosa historia de su publicación. Como uno de los cuentos hacía "una desenfadada serie de referencias poco gratas" a la vida del rey Eduardo VII, Joyce decidió enviar el manuscrito a Palacio con la esperanza de que el propio soberano lo absolviera. Le respondieron que el rey no se ocupaba de semejantes detalles. Poco tiempo después un editor se decidió

argentino lamentaba que el genio de Joyce, "puramente verbal", se hubiera agotado con su última novela: "Ulises trata de reemplazar la unidad que le falta por un sistema de laboriosas e inútiles simetrías". "Los repetidos pero insignificantes contactos del *Ulises* de Joyce con la *Odisea* homérica, siguen escuchando —nunca sabré por qué— la atolondrada admiración de la crítica". O también: "Yo diría que la literatura es también una forma de la alegría. Si leemos algo con dificultad, el autor ha fracasado. Por eso considero que un escritor como Joyce ha fracasado esencialmente, porque su obra requiere un esfuerzo".

unánime estupefacción y que constituye uno de los más brillantes fracasos de la literatura universal. Pero al menos acepta que es un fracaso. Borges escribió: "James Joyce, en 1922, publica el *Ulises*, que puede equivaler a toda una compleja literatura que abarcara muchos siglos y muchas obras; ahora publica unos retruécanos que, sin duda, equivalen al más absoluto silencio".

El príncipe de Lampedusa, autor de la extraordinaria novela *El Gatopardo*, emitió otro juicio, traído a colación por R. H.: "Ulises podría ser comprendido a la perfección por un inglés que fuese al propio tiempo excepcionalmente culto y

inglés. Moreno-Durán no se arredra con tal dificultad. No es posible traducir a Joyce, nos dice. De ahí la importancia de las "versiones". Cada quien debería emprender su propia traducción, parecería decirnos el autor.

Pero defender el *Finnegan's* aduciendo que está escrito en sesenta y cinco lenguas es irrisorio. Basta que estuviera escrito en una sola para que fuera igualmente incomprensible.

Los descubrimientos y aportes propios de Moreno-Durán giran sobre todo alrededor de la mujer y el elemento erótico en Joyce. Como aporte propio, entre otros muchos, está el descubrimiento, no advertido aún por ninguno de los biógrafos: la cama itinerante de Molly, su hogar portátil, en la cual transcurre el ochenta por ciento de la novela. *Ulises* comienza y termina en la cama.

De igual modo, Moreno-Durán ha hecho, en su muy personal lectura, el recuento de veinticinco amantes de Molly. En la excelente presentación del libro, Azriel Bibliowicz replica que ha leído la novela entera una vez más y en vano, en busca de los veinticinco amantes, a lo cual el autor responde que no pudo haber tenido menos de veinticinco y que él mismo se declara como el número veintiséis. Y es que los mundos de Joyce y de Moreno-Durán no dejan de tener asombrosos puntos de contacto. Los simples nombres de la sensual Lunita Laredo y de Anna Livia Plurabelle parecen más invenciones estrambóticas del segundo que del primero. Y, acaso, Rafael H. Moreno-Durán no sea más que un sueño de Joyce.

Como de costumbre, la lectura entre líneas de nuestro comentarista se dirige a resaltar los aspectos eróticos de una prosa que actúa como afrodisíaco. Como dice en su peculiar estilo escatológico-barroco, "una pareja que quiere canibalizarse sin contención alguna". Y aunque Joyce sabe que él fue el primero en poseer a Nora, se excita al pensar que otro hombre pudo "frotarla". Le atraen las minucias sexuales del escritor: ¿Disfunción eréctil? ¿Eiacu-



Pero si el *Ulysses* fue un reto para toda la crítica, el posterior *Finnegan's Wake*, desafió todas las barreras de la legibilidad, amén de poner en entredicho el estado mental de su autor. Dice Moreno que el *Finnegan's Wake* fue recibido por la crítica con

excepcionalmente vulgar. Para comprender *Finnegan's Wake*, en cambio, se requiere ser Dios".

Como dijo otro crítico, su traducción al español aún se demorará unos años, porque estamos esperando en primer lugar su traducción al

latio praecox? Más misterioso me parece el contenido de una carta de Joyce a Nora, en la que pone en duda la paternidad de su hijo Giorgio: "La primera noche que dormí contigo en Zúrich fue el 11 de octubre y él nació el 27 de julio. Esto hace nueve meses y dieciséis días. Recuerdo que aquella noche hubo muy poca sangre...". No puedo dejar de preguntarme, con alguna aprensión, si es que acaso siempre había mucha sangre...

ser si no el modelo principal, sí uno de los más significativos que le dieron forma y carácter al personaje de Molly Bloom".

Ya va siendo hora de advertir, por si no está claro, y de ello no hago el menor misterio, que no me gusta el *Ulysses*, al que considero la superchería literaria triunfante más grande del siglo XX y probablemente de toda la historia. Naturalmente, no comparto otros juicios del autor,

dríamos añadir que seguramente Henry James, si lo hubiera conocido, habría repudiado el *Ulysses* con todas sus fuerzas.

No es que le reproche a Moreno-Durán sus gustos. Ni más faltaba. Si hay algo que no le podemos reprochar es la ignorancia. No hay campo de la cultura que tenga secretos para él. Pero todos tenemos nuestras disidencias estéticas, y como regla general he observado que es aconsejable leer a los autores que gustan a los autores que nos gustan. Pero, desde luego, también hay excepciones a esta sencilla regla de conducta literaria.

Para mí la explicación de todo el *affaire* Joyce es harto más sencilla. El señor James Joyce, un buen escritor irlandés, persona por lo demás huraña, famosa por su escaso sentido del humor, hosquedad y poca amabilidad, escribe varios libros de calidad, entre ellos los cuentos de *Dublineses* y el *Retrato del artista adolescente*, que han hecho más por el prestigio del *Ulises* que el *Ulises* entero. Pero con el tiempo, creo haber descubierto en sus biografías (y esta teoría no es mía sino de un psiquiatra amigo mío que a pesar de ser psiquiatra no me cobra por hablar con él) que empieza a sufrir una perturbación mental, probablemente una variedad de la esquizofrenia. Y esa enfermedad se patentiza abiertamente en el *Ulises*, para llegar a extremos de demencia total en el *Finnegan's Wake*.

Paradójicamente, en este libro encontramos un Moreno-Durán infinitamente menos barroco que al que estamos acostumbrados. Y ciertamente mucho más legible y disfrutable que la lectura del propio *Ulises*, pero igualmente obsesionado por los temas sexuales y escatológicos, omnipresentes en su obra... Aunque al final, aquejado acaso por el complejo del axólotl, se va convirtiendo en Joyce y comienza a delirar y yo me voy convirtiendo en Moreno-Durán y hago lo mismo...

Es posible que tras la lectura de este libro me guste más Moreno-Durán. Difícilmente me gustará más el *Ulises*.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Aprovecha el autor el hecho de que, a partir de 1975, con la publicación por Richard Ellman de las cartas completas y no expurgadas de Joyce a Nora Barnacle, se inicia una nueva etapa en la crítica joyceana. Por fin, señala, la nada convencional relación erótico-afectiva entre ellos arroja luz sobre la presunción de que Nora Barnacle, desde el 15 de junio de 1904, "fue el lento pretexto que adquirió forma en la intimidad doméstica y en la escritura cómplice de las cartas, hasta llegar a

como cuando la emprende contra Henry James y su "extrema pudibundez bostoniana", o cuando ataca a Émile Zola, acusándolo de convertir la naturaleza en una combinación de "letrina y prostíbulo", combinación que, paradójicamente, es la que prevalece de punta a punta en la novela de Joyce, a quien no rebaja de "el más importante escritor inglés desde Shakespeare". La paradoja no es tan evidente si no aceptamos que Joyce sea el escritor inglés más importante desde Shakespeare. Y po-